

Decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario C2025

Las lecturas de este domingo hablan del proyecto divino de salvación y paz. La primera lectura aborda dicho proyecto con el trasfondo del regreso del pueblo de Israel del exilio en Babilonia. De hecho, a su regreso, el pueblo comprendió rápidamente que una cosa es alcanzar la libertad y otra distinta muy es construir con un futuro brillante como nación.

Las dificultades encontradas para reconstruir el país llevaron a muchos a la decepción y a cuestionar su fe en Dios. Para consolarlos, Dios envió al profeta Isaías para confortarlos y asegurarles su apoyo. Prometió hacer de Jerusalén una ciudad próspera y traer alegría a sus corazones afligidos y cuerpos debilitados.

Si en el Antiguo Testamento ese proyecto estaba garantizado por la fidelidad de Dios a su pueblo, en el Nuevo Testamento se logró mediante la muerte y resurrección de Jesús. Por eso, para San Pablo, la cruz de nuestro Señor desempeña un papel fundamental. Es un instrumento con el que Dios estableció la paz con el mundo mediante la sangre de su Hijo. Es mucho mejor que la circuncisión mediante la cual los judíos afirmaron su pertenencia al pueblo santo de Dios. La cruz es motivo de orgullo y el premio de nuestra salvación.

El proyecto divino de salvación y paz es el propósito de la misión que nuestro Señor encomienda a sus discípulos en el Evangelio de hoy. A diferencia de otros episodios donde la misión se encomienda a los doce apóstoles, en el Evangelio de hoy se encomienda a los setenta y dos discípulos.

El número setenta y dos representa a todas las naciones del mundo, como se afirma en Génesis 10. En otras palabras, la misión se encomienda a toda la Iglesia y a todos los creyentes. No es un privilegio de unos pocos, sino una tarea de todos los discípulos de nuestro Señor, cada uno según su vocación. Por lo tanto, el Evangelio se encomienda a todos los pueblos y naciones de la tierra. A ellos les corresponde la misión de difundir la buena nueva por todo el mundo.

Para tener éxito, la misión debe satisfacer ciertas exigencias. El primer requisito es la oración. Nuestro Señor formula esta exigencia cuando dice: «Rueguen al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos». Pedir al Padre es orarle, abrir nuestro corazón y nuestra mente a Dios para que nuestra acción comience con él, sea guiada por él y encuentre su fin en él. Sin estar arraigados en la oración, corremos el riesgo de fracasar en nuestra misión. La oración es importante porque la misión en sí misma es difícil; debe cumplirse en un mundo totalmente hostil a la enseñanza de nuestro Señor.

Por eso nuestro Señor dice: «Los envió como corderos en medio de lobos». La oración es importante porque reconoce que la misión no nos pertenece; solo somos los instrumentos que Dios usa para llegar a los demás. ¿De dónde podemos sacar fuerzas para fortalecer a otros si no estamos arraigados en la oración? La oración es igualmente importante porque atrae la bendición de Dios sobre lo que hacemos para la gloria de su nombre y la salvación de nuestros semejantes.

Dada la abundancia de la mies y los pocos trabajadores, es nuestro deber pedir continuamente al Señor en una oración sostenida que envíe obreros a su campo. Esta afirmación debería moderar nuestro pesimismo al abordar el problema de la escasez de vocaciones religiosas. Que el mandato de orar por las vocaciones provenga de nuestro Señor es una señal de que el problema de la escasez de vocaciones es más antiguo de lo que creemos, que incluso en su época las cosas no eran mejores que hoy. Significa también que debemos ser optimistas sobre el futuro de la Iglesia. Si la Iglesia fuera una obra humana, ya habría desaparecido; pero, al ser obra de Dios, sobrevivirá incluso a las peores crisis.

La misión requiere desapego de las cosas materiales y confianza en la providencia de Dios para proveer las necesidades del misionero. Cualquier forma de avaricia y búsqueda de ganancias personales es perjudicial para la misión. Por eso, nuestro Señor exhorta a los discípulos a no dejarse distraer por posesiones o seguridades humanas. La prioridad debe darse solo por amor a Cristo y no por favores personales.

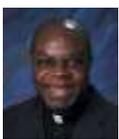
La misión requiere igualmente una discreción evidente, que puede ejercerse al ser recibido con la buena nueva sin avergonzarse de recibir muestras de aprecio a cambio. Sin embargo, el discípulo no debe buscar lujos.

Por esa razón, nuestro Señor dice que el discípulo no debe mudarse de casa en casa. Al contrario, debe estar contento con lo que ha obtenido en su ministerio. Después de todo, la misión tiene una recompensa, no basada en el éxito del obrero, sino en el hecho de que su nombre está escrito en el libro de la vida.

Finalmente, la misión es colegial, es decir, debe realizarse en grupo, como equipo o comunidad. Esa es la razón principal por la que nuestro Señor envió a los discípulos de dos en dos. Esto significa que la iglesia no es un asunto privado. El Evangelio no debe dejarse a la imaginación individual. Es obra de la comunidad de creyentes, es decir, la Iglesia.

Quien habla en nombre de Cristo debe estar en comunión con sus hermanos y hermanas. Si nuestro Señor envía a los discípulos de dos en dos, significa también que son complementarios; deben contar unos con otros para el éxito de la misión. Cuando se olvida esta realidad, se generan problemas en la vida de la iglesia. Que Dios bendiga el apostolado de cada uno de nosotros y todo lo que hacemos como comunidad para la gloria de su nombre y la salvación de nuestros hermanos y hermanas. Amén.

Isaías 66: 10-14c; Gálatas 6: 14-18; Lucas 10: 1-12, 17-20



Fecha de la Homilía: el 06 de Julio, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 202500706homilia.pdf